

**Gratulatoria pronunciada por el Rector Enrique Battaner con motivo de la
incorporación al Claustro de Doctores de Salamanca del profesor Mario Bunge como
Doctor *Honoris Causa*, Salamanca, 15 de Mayo de 2003**

Muchas veces me he preguntado si este ritual centenario que revivimos hoy para recibir en nuestro Claustro al doctor Mario Bunge representa realmente algo. El valor de la tradición bien entendida es incontestable; pero el problema estriba en qué entendemos por “tradición bien entendida”. No es demasiado problema en este caso; el Estudio de Salamanca resucita sus antiguos ritos, sus vestiduras, sus músicas tradicionales en una expresión de júbilo por la incorporación de un nuevo doctor. Y que en este caso es uno de los más destacados filósofos contemporáneos de la ciencia, precisamente en un momento histórico en el que la ciencia, tras siglos de éxito y fervor público, muestra algún que otro síntoma alarmante en su concepción y en su percepción pública, que nuestro nuevo doctor ha denunciado brillantemente en su discurso.

De la obra ingente de Mario Bunge quisiera yo glosar en este momento algo que me causó un impacto muy profundo en mi juventud. Yo era un joven becario, muy orgulloso y satisfecho por haber terminado la parte experimental de mi Tesis; tanto, que tuve que recibir una severa reprimenda de mi director para que me sentara de una vez por todas a escribir y dejara de hacer experimentos. Me encontraba en esa fase pletórica que todos los jóvenes científicos experimentan cuando ven que sus esfuerzos realmente han cristalizado en algo nuevo, y por tanto, publicable *urbi et orbe* e incorporable a un prometedor *curriculum vitae*. En tal fase, el joven becario suele mirar por encima del hombro cualquier cosa que no sea ciencia experimental pura y dura, y debo decir que la Filosofía de la Ciencia no terminaba de agradarme demasiado. No dejaba de ser algo apartado del “verdadero” camino. Y si bien en sus textos eran frecuentes las alusiones a héroes como Newton, Maxwell o Darwin se mencionaba muy poco a dioses como Watson o Crick. No sé cómo ni por qué cayó entonces en mis manos una recopilación de artículos y conferencias de Mario Bunge, publicadas por Ariel bajo el título “Teoría y Realidad”.

Tengo la mala costumbre de no empezar nunca un libro por la primera página, y de esa forma inicié la lectura del mismo en un artículo titulado “La simplicidad en la evaluación de las teorías”. Imbuído de navaja de Occam, que con cierta insistencia mi director invocaba de vez en cuando en la crítica de algunos experimentos, yo creía saber perfectamente qué era “lo simple” y por lo tanto “la simplicidad”. Pero la lectura de Bunge fue una revelación, o quizá, una contrarrevelación. Resulta que el concepto científico de “simplicidad”, ilustrado por Bunge, es realmente algo de abrumadora complejidad. Para empezar, el autor me preguntaba de qué simplicidad estábamos hablando: sintáctica, semántica, epistemológica o pragmática. Dentro de esta última, cabían también unas cuantas categorías: psicológica, notacional, algorítmica, experimental o técnica. Lo de la simplicidad no era en absoluto simple, y lo que yo creía dogma de fe científico, como la famosa navaja, era, como todos los dogmas, bastante problemático. Pero el libro era convincente. Aunque un becario que ha culminado su Tesis es algo difícil de convencer, desde ese momento contemplé a la Filosofía de la Ciencia con mucho mayor respeto. La disección que Bunge hacía del concepto de simplicidad era algo terso y brillante, tanto como mi por aquel entonces idolatrada doble hélice de Watson y Crick.

No es ésa la única ocasión en que Bunge se me ha aparecido en mi vida profesional.

En otra ocasión nos ha hablado de no ignorar a Russel, Carnap y Popper; es decir, prescribe al científico preferencia por sistemas empíricos, científicos, flexibles, refutables, graduales antes que por las grandes concepciones totalizadoras. Desde entonces ese tipo de pensamiento ha sido una constante en mi vida, y ciertamente he de agradecerlo a Bunge, de la misma manera que le agradezco ahora la crítica que acabamos de oír sobre lo que él denomina oscurantismo posmoderno, el cual, si en nefasto en la ciencia, mucho más lo es, a mi juicio, en la enseñanza.

El discurso con el que nuestro nuevo doctor ha ingresado en este Claustro debería muy bien hacerse lectura obligatoria no ya a gobiernos y administraciones públicas, sino también a los universitarios de este emergente siglo XXI, por más que nos creamos convencidos del valor de la ciencia básica y que no necesitamos que nos lo recuerden. Los fetiches de la privatización, del neoliberalismo, del pragmatismo a ultranza, son un extraordinario peligro mientras sean fetiches, mientras no sean sometidos a esas críticas implacables y sistemáticas en las Bunge es el verdadero maestro.

Aun cuando Bunge ha aludido al pasado glorioso de nuestra Universidad he de decir aquí, en su presencia, que aún nos falta mucho camino por recorrer, y en este camino estamos últimamente encontrando más y más obstáculos. La Universidad de Salamanca, doctor Bunge, es aún muy joven en lo que a ciencias experimentales se refiere. Desde la enseñanza de las Artes Liberales, y en concreto del Quadrivium, que podría ser considerado como el antepasado de lo que hoy llamamos “ciencias”, y que desapareció prácticamente en el siglo XVIII, hemos pasado a un desarrollo en abanico de la ciencia moderna que se remonta a hace tan sólo unos treinta años. En ello ha sido importante el proceso político seguido en nuestro país durante ese tiempo, y particularmente la apertura a nuevos ámbitos, la apertura al exterior, que las generaciones actuales han tomado como un hito obligatorio en su carrera científica. Ello nos ha permitido ver cómo los postulados teóricos de Bunge se ejecutan en la práctica, y cómo los caminos científicos nos aproximan a la verdad, aunque nunca lleguemos a ella. Pero como dije más arriba, es mucho lo que aún nos falta por recorrer. Nuestros principales problemas radican en una falta histórica de tradición científica y en una percepción errónea de la ciencia por parte del público. Si a esto añadimos el clima político global - y globalizado - con su culto a los fetiches a los que antes me refería, el panorama de la ciencia española en general, y el de la Universidad de Salamanca en particular, es algo problemático aun cuando siga siendo prometedor e inversor de una cierta inercia histórica.

Para un país falto de tradición científica las recetas neoliberales no son la mejor manera de solventar ese déficit. En contraposición al ejemplo coreano que nos proponía el doctor Bunge hace un momento, en España, desgraciadamente, la inversión en investigación básica es la primera víctima de la tijera presupuestaria a la hora de recortar gastos. Lo cual, en estos momentos es particularmente desafortunado. Porque con todos sus desequilibrios y desajustes, la ciencia española estaba empezando a superar su adolescencia; cualquier malformación sobrevenida ahora será cada día más difícil de corregir. Es preciso, pues, una labor pedagógica no sólo a quienes nos gobiernan, sino a la sociedad española en general. Sólo una presión importante por parte de la sociedad civil puede sacarnos del relativo marasmo científico en el que nos hemos visto envueltos en estos últimos años.

También quisiera hacer hincapié en algo que nuestro nuevo doctor ha dejado meridianamente claro. La colaboración con las empresas es importante, pero no esperemos que ello sea la panacea de nuestros males presupuestarios. Abandonar la investigación básica a las fuerzas de mercado puede conducir al abandono de esa misma investigación básica. El

ejemplo del actual tratamiento del SIDA es elocuente. Una investigación llevada a cabo en su mayor parte por la industria farmacéutica privada ha desembocado en tratamientos efectivos, pero extraordinariamente caros; tanto, que los países más azotados por la epidemia no pueden permitirse el lujo de costearlos. Lo que desde el punto de vista de las fuerzas de mercado es lógico, esto es, que las ingentes inversiones en I+D han de ser recuperadas, no lo es, desde luego, si pensamos en términos del progreso de la humanidad, que es de lo que se trata; y que de no ser así, resucitaríamos el horrendo fantasma del darwinismo social.

Por el contrario, pensemos en las inversiones en proyectos científicos básicos, inversiones que por su propia naturaleza lo son a fondo perdido. Crean conocimiento, pero también crean instrumentación, técnicas, *know-how* y sobre todo, crean investigadores. Pero además todo esto lo hace en un frente amplio, de manera que muchas necesidades que pudieran surgir ulteriormente cuentan ya con un punto de partida sólido antes incluso de que se hagan patentes.

En otro orden de cosas, Mario Bunge nos ha recordado la importancia que tiene una sólida formación científica en nuestros estudiantes. Aquí el panorama español es harto problemático. En la búsqueda de enseñanzas instrumentales, llamadas “útiles”, estamos abandonando los principios; en aras de una optatividad mal entendida arrinconamos en nuestro sistema de enseñanza cosas como las matemáticas o nuestra propia lengua, por no hablar de otras lenguas. El discurso del doctor Bunge ha sido, en este sentido un aldabonazo no para resucitar un pasado, sino para comprender cuáles deben ser las bases reales del futuro.

Por todo ello la incorporación de Mario Bunge a nuestro Claustro de Doctores ha de ser vista no sólo como el reconocimiento de esta Institución a una personalidad de la ciencia de la que podemos decir que ha dejado muy brillantes discípulos entre nosotros, a los que aludía el doctor Quintanilla en su *laudatio*; pero también, por encima de todo, como un empeño decidido de la Universidad de Salamanca en seguir la pauta marcada por él, y que tan sencilla y magistralmente nos acaba de exponer. Muchas gracias, doctor Bunge, y bienvenido a esta su casa.